

sulmana y gran parte de África en Medinaceli, y desde allí emprendieron la marcha por los campos de Calatañazor. Aquí salieron al encuentro los reyes de Navarra, el conde de Castilla y el tutor del de León, y esta vez se decidieron los destinos de España en sentido favorable, así como en Numancia, á tres leguas de allí, se habían decidido en otro tiempo en sentido adverso. Almanzor, derrotado, mandó emprender la retirada por el puente de Andaluz y Bordecorés hasta Barahona donde hizo alto, y volviendo al ataque intentó segunda vez probar fortuna; mas aquí también fué completamente derrotado y cubierto de heridas. No se sabe si vivo ó muerto, fué conducido en hombros á Medinaceli donde se le enterró, y ya no hubo en España, según se hizo inscribir en su sepulcro, quien defendiera las fronteras como él; sin embargo, los gobernadores de Medinaceli y reyezuelos inmediatos de las plazas subalternas se mantuvieron en sus puestos, ocupando nuestra provincia por espacio de algunos años. Mas con la aparición del Cid, bajo D. Alfonso VI de Castilla, los árabes recibieron el golpe mortal: todas las plazas, menos Medinaceli y aun ésta reducida á pagar tributo, fueron conquistadas por D. Fernando de Castilla, D. Alfonso VI y el Cid directamente, ó por los jefes de este último amaestrados en su escuela, como Álvar Fáñez de Minaya, el Caballero del Sol, que fué el que sometió á Medinaceli, y Antolín de Soria, que por el apellido debió ser quien conquistó esta población.

No faltaba pues más para la completa reconquista de nuestra provincia que la toma definitiva de Medinaceli, cuando don Alfonso, agobiado por el peso de los años, murió (1109), dejando el trono á su hija única, legítima heredera, D.^a Urraca, madre de un tierno infante, D. Alfonso Ramón, incapaz de reinar por su menor edad; pero casada en los últimos momentos por su previsor padre con su primo D. Alfonso I de Aragón, de sobrenombre el Batallador, guerrero afortunado y hombre de gobierno, quien entró de lleno á ejercer sus funciones, recorriendo con su esposa los nuevos estados, para atender á su administración

con la misma solicitud que á los suyos propios. Lo primero que hizo fué repoblar las villas de Berlanga, Almazán y Soria, que habían quedado despobladas en las guerras con los moros, poniendo intencionadamente guarniciones aragonesas en éstas y las demás plazas del Duero.

Así las cosas, los disturbios y continuas disensiones entre D. Alfonso y D.^a Urraca acabaron porque el Batallador la repudiase en Soria y renunciara al gobierno de Castilla. En el largo intermedio de esta tumultuosa regencia, el Batallador conquistó formalmente á Medinaceli, que hasta entonces se había mantenido independiente con sus gobernadores moros, siendo nada más que tributaria á los reyes de Castilla; y con esto quedó reconquistada definitivamente la provincia (1123).

VII

Por completo varía después de su reconquista, la historia de Soria, aun cuando su situación es enteramente la misma, considerada políticamente. Colocada ahora entre dos, ó mejor dicho, tres reinos cristianos, dispútanse entre sí éstos la posesión de una gran parte de ella; y los reyes de Castilla, por quienes queda al fin, consideran preciso guarnecer las mismas plazas recabadas de los moros, no ya para ponerlas al abrigo de otra nueva invasión por parte de éstos, sino para defenderlas de los aragoneses y navarros, con quienes en adelante han de estar en continua guerra.

Esta vez, sin embargo, se traslada á otro sitio el lugar de la escena: las plazas principales no son, como en el período árabe, las de Medinaceli, San Esteban de Gormaz y Osma, sino las de Agreda y Soria, de las cuales esta última, que hasta ahora apenas hemos visto figurar, llega á la categoría de verdadera

capital de la comarca, apropiándose el título de Cabeza de Extremadura, que hasta hoy ostenta en su escudo. Larga es la narración histórica de este período, porque apenas hay suceso político de interés general que no pertenezca directa ó indirectamente á la historia local de Soria; sin embargo, para abreviar, anotaremos solamente aquellos que hayan tenido lugar en nuestro suelo ó en que la provincia haya tomado una parte activa, indicando ligeramente los que de la historia general sea preciso referir como medio para enlazarlos ó como antecedentes.

Reinado de D. Alfonso VII.—Quedábamos en el capítulo anterior diciendo: que la célebre reina D.^a Urraca, esposa de D. Alfonso el Batallador, al morir en 1126, dejaba los estados de Castilla y León á su hijo D. Alfonso, habido en el primer matrimonio, quien desde algunos años antes gobernaba con ella, dando relevantes pruebas de su prudencia y valor. Lo primero que éste hizo fué reclamar de su padrastro el de Aragón las plazas de Soria, Almazán y demás que tenía aún ocupadas, con más la de Medinaceli que, si bien había sido conquistada por él, pertenecía á Castilla como tributaria que había sido de estos reinos, y podía considerarse también como usurpada.

El rey Batallador, lejos de acceder á esta demanda, juntó un grueso ejército, entró por Medinaceli y puso sitio á Morón; mas como acudiera presuroso el de Castilla al socorro, el aragonés se retiró y fortificó en Almazán, donde consultó con su gente lo que debía hacer. El obispo de Pamplona (D. Pedro) le dijo: «Señor, la justicia ha de pelear contra nosotros; el juramento que hizo vuestra merced el año pasado de restituir los castillos que fueran conquistados á la reina D.^a Urraca, les ha de dar la victoria».

Con estas razones del obispo se resolvió á no pelear; visto lo cual el de Castilla, dejó sus tropas en observación, volviendo á su corte; y el de Aragón se retiró también á su reino, dejando las suyas en Almazán. Muerto D. Alfonso el Batallador, el emperador de Castilla recibió las plazas de Almazán, de Nájera y

algunas otras que aún estaban en poder de los aragoneses, y la provincia de Soria quedó limpia de éstos y agregada al reino de Castilla para siempre.

~ Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, describe de esta manera gráfica los estragos causados por estas guerras (1). «Las ofensas hechas á Dios, robos de templos, raptos de mujeres sucedidos desde la muerte de D. Alfonso VI hasta la de D. Alonso de Aragón, en que ardió España en guerras entre esposos y mujeres, padres é hijos y otros particulares que á río revuelto se levantaban; por esto envió Dios plagas de hambre, pestilencia y langosta, que inficionaron gran parte de la tierra, principalmente las fronteras de Navarra y Aragón (Rioja y Soria), veyéndose de noche ejércitos de espíritus en forma humana, apareciéndose los muertos á sus parientes y amigos, con que quedaban asombrados y no se atrevían á vivir en sus casas solos...»

Alfonso VIII.—Llamado en Soria el Rey niño, porque á la sazón en que subió al trono no tenía de edad más que tres años, heredó del malogrado D. Sancho, hijo de Alfonso VII el Emperador, los estados de Toledo y las Extremaduras de Duero, de las cuales, una de ellas, era la de Soria, que así se llamaba aún esta provincia. Su padre, previsor, había dejado expresamente encargada su tutela á D. Gutiérrez Fernández de Castro, miembro de la familia ilustre de este nombre, una de las principales de España, á quien, como vasallo de la mayor confianza, le había encomendado en vida el gobierno y administración de muchas plazas.

Pero enfrente, había otra familia más poderosa aún, cuyos individuos, todos magnates y ricos, no se conformaron con esta última voluntad de D. Sancho, preparándose con todo el atrevimiento para reclamar de los Castros la tutoría y crianza del

(1) *Historia de los reyes de Castilla y de León D. Fernando I el Magno, D. Alfonso VI, D.^a Urraca y su hijo, D. Alfonso VII,* página 153.

rey niño. Eran estos señores el conde D. Pedro González de Lara y sus tres hijos, también condes, D. Manrique, D. Albar y D. Nuño Pérez, quienes ya desde el reinado del emperador don Alonso, llevaron á mal la preferencia que éste y su hijo D. Sancho habían dado al de Castro, engendrándose con este motivo un odio mortal entre ambas casas.

Reflexivo y prudente, para evitar disputas cedió el de Castro, en parte, á las ambiciosas pretensiones de los Laras, traspasando la tutela á D. García Garcés de Aza, Alférez mayor de Castilla, que aunque medio hermano suyo, era amigo de los Laras y estaba emparentado con ellos. Conseguido esto, el conde D. Manrique de Lara se apoderó de la persona del rey y logró su objeto. D. Gutiérrez Fernández de Castro murió, sin tiempo para deshacer esta intriga, pero quedaron en su lugar cuatro sobrinos suyos, no menos poderosos que los Laras, entre los que estaba D. Fernando Ruiz de Castro, emparentado también con la familia real. Éstos, resentidos, acudieron al rey de León, y con su apoyo reclamaron la tutela del rey á los Laras.

Desde el momento en que éstos se apoderaron de la persona del rey niño, y comenzaron estas reyertas, llevaron á éste á la plaza de Soria, punto fuerte y retirado, donde le creían, sin duda, más seguro, para evitar el que se les desposeyera de él en una sorpresa, y allí se criaba en la casa de un caballero del linaje de Santa Cruz, cuyo solar estaba junto á la iglesia de este mismo nombre. D. Fernando, el de León, pidió abierta y descaradamente la tutela del rey, y apoderándose de Burgos sin que los Laras pudieran oponérsele, tomó el camino de Soria. No había en esta plaza fuerzas suficientes para oponerse al rey de León y hubieron, los que en ella estaban, de disimular, saliendo á recibir á D. Fernando, que entró y pidió que le trajesen al Niño al palacio de los Torres (hoy condes de Lérida), frente al convento de Santo Domingo, donde había sido hospedado. Lleváronselo á palacio, y en viéndolo manifestó D. Fernando que el niño debía prestarle homenaje como tío. Los de Soria, al

llevar al niño ante su tío, le habían entregado á D. Manrique de Lara, diciéndole: *Libre os le damos, guardadle libre*. Entonces el niño empezó á llorar y fué sacado á su casa á pretexto de darle de comer para que callara, y luego volverlo á su tío. Pero en vez de esto, D. Pedro Núñez de Fuentearmegil, caballero soriano, rico-hombre de Castilla y deudo de los Laras, tomó al niño, y montando con él en un caballo, á todo correr, marchó á San Esteban de Gormaz, de donde al otro día lo llevó á Atienza el conde don Nuño de Lara, quien con excusa de guardarlo, había seguido desde Soria á Pedro Núñez de Fuentearmegil.

Cuando el rey de León se apercibió del engaño, envió á retar, según se estilaba entonces, con un caballero de su casa, al conde D. Manrique, tratándole de traidor. El de Lara contestó: *no sé si soy fiel, traidor ó alevoso; pero, como pude, libré de la indebida servidumbre al niño señor mio, por ser yo natural de sus dominios*.

Cuando D. Alfonso llegó á la mayor edad, tuvo presentes estos servicios de los sorianos y les colmó de mercedes, construyendo templos y concediéndoles importantes privilegios, entre los que estaba el de que «los Caballeros Sorianos, fueran guardas del rey, y no pudieran ser obligados á salir á campaña sino yendo éste en persona» (1).

Los de Soria correspondieron también á estas gracias, distinguiéndose en Alarcos, donde le salvaron de una muerte segura, y en las Navas contribuyeron con su heroísmo á la victoria (2).

Alfonso el Sabio.—Ningún suceso importante ocurrió dentro de nuestra provincia durante los reinados de D. Enrique I y D. Fernando III el Santo, pero sí en el que siguió á este de D. Alfonso X el Sabio.

(1) El privilegio, por el que se concedió á los sorianos esta merced, existe original en el Archivo de su Ayuntamiento.

(2) Crónica de Alfonso VIII.

Herederó de todos los estados de su padre, que abrazaban los vastos territorios de Asturias, Galicia, León, Castilla, Murcia y gran parte de Andalucía, comenzó este monarca su reinado con grandes proyectos. Uno de éstos era la conquista de Navarra, aprovechando la ocasión favorable de hallarse esta pequeña monarquía en poder de la reina Margarita, viuda con dos hijos herederos, Teobaldo y Enrique, el mayor de 15 años. Pero la reina madre de Navarra pidió ayuda á D. Jaime el Conquistador de Aragón que, no obstante ser yerno del monarca de Castilla, le prometió defenderla, y en su vista D. Alfonso el Sabio tuvo que venir á partido celebrando con el aragonés una entrevista en Soria, para arreglar entre los dos estas cortas diferencias.

En Soria estaba aún el rey Sabio, ocupado en estos tratos con el rey de Aragón, cuando recibió una embajada de la República de Pisa anunciándole que, vacante el imperio de Alemania por muerte de Guillermo, conde de Holanda, se le había elegido para sucederle, mandándole al efecto al emisario Bandino Lanza con el acta de su aclamación. Los de Pisa habían tenido presente, al hacer esta elección, que D. Alfonso el Sabio pertenecía á la casa de Suabia, en cuya familia había estado como vinculada muchos años la corona del imperio; mas no consideraban que no eran ellos solos los que debían hacer el nombramiento y que los demás electores podían protestar, como así sucedió.

Por otra parte, los súbditos de D. Alfonso recibieron con disgusto la noticia, comprendiendo que este honor concedido á su rey sería perjudicial para Castilla, y los Caballeros Sorianos, para obligarle á que renunciara á aquella corona, manifestaron su disgusto con un motín que se conoce en la historia con el título de Conjuración de Soria (1).

(1) De este suceso da cuenta el cronista de Soria y su provincia en la historia correspondiente á esta de la Crónica general de España, publicada por Rubio y compañía en 1867, pág. 27.

No desistió por eso D. Alfonso de su formal empeño en aceptar aquel cetro, y se dispuso para ir en persona á los estados de Alemania á fin de ver si con su presencia y derramando el oro entre los electores podría lograr que estos confirmaran su elección.

Con poca sabiduría obró el rey D. Alfonso al emprender el viaje de Alemania, desoyendo los consejos que le daban los sorianos, porque muerto en su ausencia su hijo D. Fernando de la Cerda, á quien dejó el gobierno, hubo de encargarse luego de él su segundo hijo D. Sancho quien, aficionándose al poder, concibió el proyecto de sucederle en el trono con perjuicio de los derechos de los hijos de su hermano mayor, los infantes de la Cerda, y por si muerto, la nación no aprobaba esta usurpación, se anticipó á destronarle, aprovechando el gran disgusto que á todos causaba el ver cómo gastaba en Alemania los recursos de la nación. Soria, como era natural, se declaró por D. Sancho, resentida del poco efecto que había hecho en su padre su cariñosa y pública manifestación, pero la villa de Agreda permaneció fiel al legítimo rey. D. Sancho vino á Soria de donde tuvo que partir inmediatamente contra aquella plaza, porque le dieron noticia de que se habían alzado el Alcázar y la Morería, aclamando de nuevo al rey D. Alfonso el Sabio. Resistieron los de Agreda firmes en su propósito de sostener al verdadero rey, pero D. Sancho les obligó á rendirse, desplegando en esta parte de la población el aparato de un riguroso cerco.

Comenzado así de nuevo el alzamiento de la población en favor de D. Alfonso, creció de día en día su partido hasta el punto de que D. Sancho quiso renunciar á sus pretensiones y aun pedirle perdón, lo que hiciera si no se lo estorbaran sus más interesados partidarios; pero muerto al poco tiempo su padre, la cuestión se resolvió inesperadamente, cambiando otra vez las cosas para él en sentido favorable (1).

(1) De la Crónica de Alfonso el Sabio.

Sancho IV el Bravo.—Apenas supo D. Sancho la muerte de su padre, celebró con toda pompa sus exequias en Ávila, y partió sin perder tiempo á Toledo donde se hizo proclamar como heredero, consiguiendo que las cortes, al efecto convocadas, le reconocieran como rey legítimo. Asegurado en el trono con este público reconocimiento, desplegó su energía declarando abolidas todas las gracias y privilegios que había concedido en vida de su padre, obligado por la necesidad de granjearse amigos y partidarios que le ayudaran en su rebeldía. Manifestaron su disgusto, como era natural, los que por esta medida se veían perjudicados; mas él, viniendo á Soria, punto estratégico, hizo gran justicia, la cual, según la crónica, consistió en tomar las haciendas y extrañar de los reinos á sus dueños.

Desde Soria, D. Sancho pasó á Borobia, y de aquí á Ciria para avistarse con el rey D. Pedro III el Grande de Aragón y entablar relaciones, según éste proponía y era conveniente á los dos: á D. Sancho para robustecer su poder y prevenir toda sublevación de los nobles agraviados ó de los infantes de la Cerda; y á D. Pedro para hacer frente al rey de Francia, Felipe el Atrevido, su enemigo, y al pontífice Martino IV que le había excomulgado por no haber reconocido el feudo de su reino, concedido por su abuelo á la Santa Sede, y por haber ocupado la isla de Sicilia. Muerto D. Pedro III de Aragón, entabló don Sancho relaciones amistosas con Felipe el Hermoso, rey de Francia, por cuyo motivo y el apoyo prestado en su alzamiento á los Infantes de la Cerda, se entabló la guerra con Aragón. Alzado en este país el infante D. Alfonso de la Cerda, penetró con el título de Alfonso el XI.º en la provincia de Soria al frente de los descontentos castellanos y de tropas auxiliares aragonesas (1289).

Acudió luego D. Sancho á la defensa de sus fronteras, situando sus tropas en Almazán y en Monteagudo, y hecho esto, se fué á celebrar una entrevista, según tenía convenido, con el rey de Francia, con quien ahora estaba ya en estrecha relación.

Los aragoneses, avanzando hasta Fuentelmonje, parecían prepararse para atacar á los sitiados por D. Sancho en Monteagudo, esperándose de un momento á otro la batalla; mas de repente levantaron el campo y por la noche se dirigieron á Morón para desde allí caer de improviso sobre Almazán que tenía mucha menos gente y tomarla por sorpresa. Mas, informados de que el rey D. Sancho se hallaba en un castillo inmediato, se dirigieron á él, creyendo que podrían hacerle prisionero. El golpe se dió en vago, porque el rey de Castilla estaba camino de Francia: en el castillo no había más que un caballero llamado Marti-Pérez Portocarrero, á quien dieron muerte de un saetazo en un ojo: los de D. Sancho acudieron entretanto á Almazán y guarnecieron la plaza antes que D. Alfonso se apoderara de ella. Visto el atrevimiento de los aragoneses, se dividieron las tropas de D. Sancho en dos cuerpos, uno de los cuales se quedó para la defensa de Almazán, y el otro pasó á Soria á fin de no exponerse á perder estas dos importantes plazas. Vuelto á Almazán D. Sancho de su entrevista con el rey de Francia, reunió las tropas que pudo, y desde allí envió dos caballeros de su hueste al aragonés, diciéndole que allí estaba y seguidamente iría á darle la batalla, que le esperara, y si no tenía viandas, él se las daría para él y los suyos para quince días. Con tan atrevido reto, el de Aragón no se atrevió á esperar, y levantando el campo se pasó á Villasayas, desde donde partió en retirada hasta internarse en su reino: en represalias, D. Sancho pasó con su ejército desde Almazán á Soria, se dirigió á Agreda y desde allí á Tarazona, desde donde hizo muy grande guerra al aragonés matando, cortando los olivos y árboles frutales, y poniendo fuego á toda la tierra. Satisfecho con esto, volvió á la villa de Agreda, dejó en ella las tropas fronterizas de observación, y licenciando las demás, se volvió á Burgos.

Muerto el rey de Aragón (1291) le sucedió su hermano Jaime II que, no teniendo como aquél prevención ninguna contra D. Sancho, hizo amistad con él y le pidió la mano de su hija

Isabel, niña de nueve años; y al efecto, tuvieron una entrevista en la tierra de Soria, quedando concertada la boda y la alianza entre los dos. La niña fué entregada al rey de Aragón para que la tuviera hasta que cumplierse los doce años (1).

Fernando IV el Emplazado.—A la muerte de D. Sancho el Bravo, heredó el trono D. Fernando IV el Emplazado, en cuya minoría se originaron, como en todas, nuevos disturbios y guerras. D. Alfonso de la Cerda se alzó otra vez por rey con el auxilio de las tropas aragonesas, y D. Enrique, Infante de Castilla, se preparó también para reclamar á viva fuerza el gobierno del reino y la tutoría del rey, sin contar otras sublevaciones y alzamientos. La prudente D.^a María de Molina, su madre, se apresuró á proclamar solemnemente al niño en Toledo y á reunir las cortes en Valladolid para su reconocimiento.

El infante D. Enrique, sospechando que no se contaría con él para la tutoría, abandonó la corte por consejo de un tal Martín de Aguilera, y llegando á la villa de Berlanga de Duero, hizo gran ayuntamiento de todos los concejos, ofreciendo protegerles contra los desafueros y los pechos si se declaraban de su partido, en la reclamación formal que pensaba hacer de la guarda del rey niño y del gobierno. No creyendo que esto era aún bastante, recorrió él mismo las Extremaduras, y mandó á decir á todos los concejos que en aquellas cortes se trataba de imponer á los pueblos un nuevo tributo y, por si acaso, convenía que todos fueran armados y con más gente que la de costumbre. Además prometió á cada cual una recompensa en pago de su adhesión y sus servicios. El portador de este mensaje era precisamente un hombre de Almazán, como dice la crónica, que se llamaba Gutier Fernández.

No entraba en esta defección de las Extremaduras el obispo de Osma, D. Juan de Ascarón, quien acompañando á la reina, le inspiraba aquella sabia política de tolerancia y energía á la

(1) De la Crónica de Sancho IV el Bravo.

vez, que la acreditaron de prudente. Por su consejo llamó al gobierno al infante D. Enrique, con cuyo aliciente logró aquietarlo, cesando, como era de esperar con su adhesión, la actitud hostil en que se habían declarado los referidos concejos, excitados por él al levantamiento. D. Enrique fué en adelante partidario de D.^a María, á quien ésta encomendó los asuntos y encargos de más confianza; pero su ambición no tenía límites, y por cada servicio exigía de la reina, abusando de su privanza, una nueva recompensa. En agradecimiento á su adhesión y reconocimiento del rey niño en las cortes de Valladolid, obtuvo de D.^a María las plazas de Almazán y Berlanga con las de Talavera y Atienza, y poco después, encargado de ir á la corte de Aragón para traer al lado de su madre á la infanta D.^a Isabel, repudiada por el rey D. Jaime, obtuvo además y tomó posesión de las de Calatañazor y San Esteban de Gormaz (1).

Salvado este conflicto, D.^a María tuvo que pensar en rechazar al infante D. Alfonso de la Cerda, que ayudado del infante D. Enrique de Aragón había entrado en la provincia de Soria, titulándose rey de Castilla (1296). Sin dificultad se apoderó el de la Cerda de las plazas de Serón, Soria y Osma, y, por entrega desleal de sus defensores, de las de Almazán y Deza, manteniéndose en ellas por dos años, al cabo de los cuales D. Juan Núñez, su principal sostenedor, cayó prisionero de las tropas de doña María, y para obtener su libertad tuvo que devolver las de Soria, Osma y otras fuera de la provincia; viéndose obligado con esto D. Alfonso á pedir la paz, sobre cuyos preliminares se concertó en Soria que se trataría en Santo Domingo de la Calzada.

Mas esta paz no llegó á celebrarse, y el infante D. Enrique recibió orden de atacar á Almazán, plaza más importante de

(1) Por la muerte del infante sin sucesión, estas plazas volvieron á la corona, en cuyo estado permanecieron hasta que fueron cedidas de nuevo á otros señores, como más adelante se notará.